

BIBLIOTECA
Los Grandes Films
US

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRÁFICA



POR

DESTIERRO

SUZY VERNON

50 cts.

BIBLIOTECA

Los Grandes Films

DE

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

Ediciones BISTAGNE

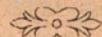
Pasaje de la Paz, 10 bis

Teléfono 18551

BARCELONA

DESTIERRO

Producción dramática interpretada por
SUZY VERNON, MICHAEL BOHNEN,
H. STUARD, WALTER RILLA, etc.



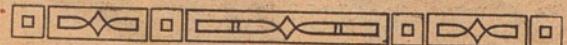
Producción

UFA BERLÍN

Distribuida por

Ufa Concesión Española

Mallorca 236 BARCELONA



DESTIERRO

Argumento de la Película

Revisado
por la censura gubernativa

El odio, contenido durante siglos, estalló al fin devestándolo todo a su paso y haciendo cambiar por completo la constitución social del país. Un día toda aquella nación, situada en el Oriente de Europa, se levantó en armas y las turbas invadieron los palacios llevando por doquiera el espanto y la destrucción.

Ciudades incendiadas, familias sin hogar, hambre y miseria... este era el cuadro que experimentaba el país cuando las antorchas de la rebelión iluminaron su cielo.

Todo caía bajo el frenético impulso de los sublevados y a su empuje se abrían las puertas de los grandes alcáceres, de los

castillos que albergaban a la nobleza y cuyas alfombras se marchaban ahora bajo el contacto de pies plebeyos y soeces.

El palacio de la princesa Elena de Sinai de sufrió la misma desoladora suerte. Los revoltosos penetraron en él sembrando a su paso la destrucción y la muerte.

Y la princesa no se merecía aquel trato de残酷... Todo el mundo conocía las bondades de su joven corazón encerrado dentro de un cuerpo de belleza estatuaría.

Pero el torbellino desencadenado de las malas pasiones, de los bajos instintos, pudo más que el recuerdo optimista y cordial de su temperamento.

Mandados por Sajenko, un revolucionario cuyo nombre era sinónimo de brutalidad refinada, asaltaron el palacio y después de dár muerte a la servidumbre se entregaron al pillaje y al saqueo.

La princesa, horrorizada, se había ocultado en su habitación... Escuchaba desde allí los pasos de aquellos intrusos que se reían a grandes carcajadas, contentos de su satánica obra...

De pronto abrióse la puerta empujada por la hoja brillante de una espada y penetró en la estancia el propio Sajenko.

Era un hombre de mediana edad, de barba negra, de ojos vivos, malignos, en que chispeaban todos los apetitos de la bestia.

Avanzó hacia la estancia con un afán destructor, con ese deseo de romper, de triturar, de aniquilar que sienten los hombres cuando se dejan guiar por la fiera que llevan dentro.

Al ver a la princesa se detuvo y sus labios se abrieron en una sonrisa innoble, temerosa...

—¡Lo mejor que hay en la casa! — dijo riendo.

Y dejando el acero sobre una silla, lanzóse contra la mujer. La dulce Elena pretendió huir, saltar por el balcón, pero el hombre era más listo que ella.

—¡No te escapes, guapa! — le dijo Sajenko—. ¡Me perteneces como todo lo de aquí!...

—¡Por favor... no me toque usted!...

El bruto la estrechó contra su pecho y

ella lanzó un grito angustioso de socorro.

No pudo hablar más. Le cerró la boca la doble valva de los labios del truhán...

Aun la resistencia, la defensa terrible... pero inútil...

Los buenos parecían dejados de la mano de Dios... Las vírgenes eran atropelladas y la hermosa princesa de Sinaide vió mancillada su honra...

Horas más tarde, el bárbaro abandonaba la casa para proseguir en otras partes su ansia de nuevas emociones...



Cuantos querían salvar su vida y no comulgaban en las nuevas ideas triunfantes por la revolución, se vieron obligados a abandonar su patria, dejando sus bienes y

sus medios de fortuna, huyendo sin otro bagaje que sus tristes recuerdos.

En la vecina nación se refugiaron muchos de aquellos desgraciados, y la emoción de la patria lejana les juntaba a todos para recordar los inolvidables tiempos de esplendor que no volverían.

La vida con sus tristes realidades les obligó a abrir los ojos y adaptarse al nuevo ambiente social, y los que en su país eran príncipes o generales, o ministros, o duques, se vieron precisados a ejercer oficios humildes para ganar un mal jornal que les pusiera a cubierto de las asechanzas del hambre.

“El Pájaro Extranjero” era el modesto restaurante donde se habían refugiado los expatriados.

La adversidad había borrado las distancias y los que fueron grandes señores alternaban, de igual a igual, con los humildes que les siguieron fieles.

Y las galas principescas y los uniformes de corte se trocaron en vestimentas serviles,

Bulygan, un príncipe en otros días, ejercía ahora de camarero...

Dabaro, ex oficial de la Guardia Imperial que había vestido los estupendos uniformes de su profesión, ahora formaba parte de la modesta orquesta que amenizaba las comidas.

Y allá en la cocina, se dedicaba a la prosaica tarea de mondar patatas el barón Sterny, que perteneció en su país al cuerpo diplomático y sólo conservaba de su antiguo esplendor el monóculo que no se había quitado nunca ni en los ejercicios más plebeyos.

Pero se resignaban a aquel modo de vivir y aun se mostraban dichosos de haber podido escapar de su patria donde hubieran sido ejecutados con seguridad.

También servían en "El Pájaro Extranjero" un caballero llamado Reeve, que había sido almirante y ahora ejercía las funciones de repostero, y la princesa Sinaide, encargada del mostrador.

La hermosa joven, después de lo ocurrido en su palacio, había logrado escapar y

oculta en un carro atravesar la frontera, llegando a aquella población donde sus compatriotas le habían proporcionado un empleo en el restaurante.

El recuerdo de su pasado no se apartaba de su memoria. ¡Aquella profanación, aquella infamia!...

Ya para siempre sobre su espléndida juventud se cernerían los velos de la tristeza.

Eduardo Harland, hijo de un poderoso industrial, no ocultaba sus simpatías hacia los pobres desterrados que se habían refugiado en su patria.

Y una noche acompañado de dos amigos y de Sliva, un anciano también expatriado que allá en su patria había sido general, se dirigió a "El Pájaro Extranjero".

Cenaron admirados del ambiente de fraternidad y distinción que reinaba; ¡Oh, los camareros allí eran príncipes y todo lo hacían según las reglas más exigentes de la etiqueta!

Eduardo se fijó en la princesa que estaba preparando unas copas tras el tosco mostrador.

dor y la saludó con una inclinación de cabeza...

El general le contó que se trataba de una



...estaba preparando unas copas...

pariente del ex emperador y sintióse Eduardo conmovido por la magnética belleza que despedía la persona de ella.

También la princesa había saludado correspondiendo a la atención de aquel muchacho simpático y de atractivo porte, de negros ojos en los que brillaban la nobleza y la decisión.

La noche se pasó de modo espléndido entre músicas y cantos.

Y al marchar Eduardo se prometió volver al siguiente día... Llevaba ya en el alma la imagen de la princesa y le interesaba la dulce melancolía de sus ojos...

No lejos del lugar en que estaba el restaurán "El Pájaro Extranjero", habían montado sus despachos comerciales los nuevos poderosos de la patria perdida.

Eran agentes de la revolución triunfante

que procuraban trabajar por ella para afianzar el nuevo régimen constituido.

Además, su país no se bastaba para sus necesidades y los agentes comerciales efectuaban contratas para surtir el desprovisto mercado.

Mirov era uno de los agentes, un muchacho fino, bien educado, que en el fondo sentía por el régimen caído y por sus compatriotas expatriados una verdadera simpatía. Se hallaba en la agencia para espionar a los revolucionarios y estar al tanto de sus iniciativas y manejos.

Había sido nombrado secretario de la organización y era el que decidía sobre las compras que debían efectuarse.

El fabricante señor Harland, padre de Eduardo, había hecho oferta de sus productos al gobierno vecino...

A Mirov le pareció interesante la oferta y la recomendó eficazmente. Y gracias a él su gobierno firmó el contrato.

—Se lo debemos todo a Mirov — dijo el señor Harland a su hijo Eduardo al día siguiente de haber ido éste al restorán “El

Pájaro Extranjero” —. Indudablemente él con su informe ha decidido el éxito de la contrata.

—Tendrás que gratificarle, papá...

—Así lo haré...

Mirov había regresado a su casa... Estaba contento de su trabajo. Mientras simulaba trabajar por el gobierno, se comunicaba íntimamente con los enemigos del régimen, haciéndoles partícipes de cuanto se trataba en la agencia y ejerciendo a las mil maravillas su espionaje.

Aquella tarde mientras comía en su cuarto de casa de huéspedes, leía una carta que acababa de recibir.

“...A mí ya no me retenía aquí nada y me haces muy dichosa con llamarne a tu lado.

Cuando recibas ésta ya irá camino de abrazarte tu madre.

María.”

¡Qué feliz se sentía con el regreso de su madre! Contempló emocionado un retrato de aquella bondadosa mujer a la que pronto iba a abrazar.

La dueña de la casa entró y anunció a Mirov la visita de un caballero.

Mirov le dijo que pasase.

Le conoció en seguida; era Morrín, el secretario de la fábrica de los Harland. ¿Qué deseaba?

Se saludaron cordialmente, pero el recién venido fué parco en palabras.

— Esperamos poder hacer muchos negocios con usted, seor Mirov — le dijo —. El señor Harland me encarga me haga cerca de usted intérprete de su agradecimiento.

— Me he limitado a cumplir... Muchas gracias por sus palabras.

El secretario puso sobre la mesa un sobre y se despidió con todo afecto.

Cuando hubo salido, Mirov abrió el sobre y encontró en él un cheque de cien libras.

Sonrió contento... Eran buena gente los Harland... ¡Habían tenido una exquisita atención!

Mirov, aparte de su sueldo en la oficina, ganaba bastante dinero gracias a las informaciones que daba a los enemigos del gobierno... Y poco a poco iba adquiriendo

muebles con el propósito de una vez viniese su madre, irse a vivir con ella a un piso independiente.

Salió poco después dirigiéndose hacia "El Pájaro Extranjero", donde se hallaban buenos amigos suyos.

Aquella noche Eduardo Harland había vuelto allí. Invitó a tomar algo en su mesa a Dabaro, el músico y antiguo oficial de la Guardia Imperial.

Se sorprendió al ver que entraba bastante gente y se dirigía a una sala reservada y contigua... Al propio tiempo llegó a sus oídos el sonido de una música dulcísima.

Dabaro le informó de lo que se trataba.

— Nos reunimos todos los expatriados algunas noches... Formamos como una familia grande.

— Desearía asistir a una de sus reuniones. ¡Me interesan tanto todos ustedes!

— Usted es un buen amigo del general Sliva... Pase usted...

Eduardo entró en la salita independiente y poco después Sliva que acababa de llegar le presentó a muchos de aquellos expatria-

dos que ahora vestían humildes trajes y en su país habían deslumbrado con sus uniformes y lujos.

El joven pudo hablar con Elena, la princesa de Sinaide... Se sentó a su lado...

—Deseaba verles a ustedes así en la intimidad... Soy su admirador...

—Muchas gracias... Va usted ahora a oír buena música... Es de mi patria y a todos nos hace llorar.

Uno de los expatriados acercóse al piano y arrancó de las notas sollozos impregnados de sentimiento, arranques de la más pura inspiración. Era el alma de la patria que se personificaba en la divina armonía de las más sentida de las artes...

Muchos lloraban y hasta el mismo Eduardo no pudo ocultar su emoción.

—Me encanta el romanticismo de su pueblo, señorita...

Ella sonrió...

—¿Romanticismo?... ¡Diferencia de lo que hemos sido y de lo que somos! Esa música nos evoca nuestras pasadas grandes...

—Si en mi mano estuviera, princesa, todo

lo daría para que pudiese recuperarlas...

—¡Qué bueno es usted! Pero no me llame princesa. Me suena a burla, a sarcasmo... Ahora soy una modesta obrerita... ¡Poca cosa!

—¡Para mí no deja de ser usted una mujer interesantísima... y sobre todo... divina!

Interrumpieron el diálogo varios expatriados que hablaron con el fabricante. Le presentaron a éste el mayor Raschoff, un hombre del que parecía hacerse mucho caso en la reunión.

A mitad de la fiesta llegó Mirov.

Este y Eduardo se sorprendieron mutuamente al verse. Se saludaron de lejos, y Eduardo preguntó a su nueva amiga:

—¿Cómo es que viene aquí Mirov? ¿No es partidario del actual gobierno?

—Sí, lo es... está empleado en el despacho comercial. Pero, secretamente está con nosotros.

—¿Y pueden confiar mucho en él?

—Es un gran elemento... Un hombre fi-

delísimo a nuestra causa... Nos presta grandes y señalados servicios.

La fiesta se prolongó hasta la madrugada y Eduardo regresó a su casa cada vez más interesado por la espléndida belleza de Elena y la tristeza que encubría su persona.

Lilian era la hermana de Eduardo Harland. Su deliciosa travesura la convertía en confidente de toda la familia.

Tenía diez y seis años y era linda y alegra como la primavera de su vida.

A la siguiente mañana, Eduardo, cansado por haber perdido la noche, se levantó a deshora.

Cuando se dirigió a almorzar se encontró con su hermanita Lilian que jugaba con su fiel perrazo.

La muchacha entre enfadada y risueña, le dijo:

—He tenido que decir otra mentira por

tí... Papá cree que ya estás en el despacho. ¿Por qué te levantas tan tarde?

El se echó a reir...

—Hermana...

—No te disculpes... Tú vienes siempre a la madrugada. ¿Dónde pasas las noches?

—No te vayas a figurar nada malo... Una reunión de buenos amigos, los expatriados...

Ella le amenazó gentil.

—Chico, ¡tú estás enamorado! Lo conozco en ese aire vago y distraído que tienes hace unos días! ¿Me equivoco?

—No, no te equivocas. Quiero ser franco contigo. Estoy enamorado de la mujer más bonita que puedas imaginarte.

Y le contó sus entrevistas con la bella princesa Sinaide y sus partidarios.

Lilian palmoteó entusiasmada.

—¿De modo que... llegarás a ser príncipe?...

—Eso no me importa... Lo que me interesa es ser el marido de Elena... ¡Si vieras qué buenos son todos sus compatriotas! Les invitaremos a todos un día, ¿quieres?

—Cuando te parezca. Ya ardo en deseos de conocer a mi futura hermana...

Y tal como convinieron, unos días después Eduardo Harland y su hermana daban una fiesta en honor de aquellos desterrados.

Acudieron todos entre ellos Elena...

Iban elegantemente vestidos de frac llevando sobre el pecho las condecoraciones de sus tiempos gloriosos.



—Estoy enamorado de la mujer más bonita que puedas imaginarte.

Eduardo sonrió al pensar que pocas horas antes todos aquellos caballeros y señoras que estaban en su casa como verdaderos aristócratas, realizaban humildes faenas en cocinas y salones de restaurante, bajo el duro imperativo del hambre.

Todos conservaban sus maneras corregidas, el empaque de sus gestos, la suavidad en el hablar...

Les sirvieron champaña y Eduardo se sentó al lado de la princesa mirándola dulcemente...

Le interesaba cada vez más esta criatura ondulante, de ojos melancólicos, que parecía atormentada por un extraño sufrimiento.

—¿Por qué está usted siempre tan triste? —le preguntó.

—No lo estoy — respondió Elena esforzándose en sonreír—. Es que los desterrados siempre parecen que tengamos vivo el recuerdo de nuestro país.

—No, no es eso... Adivino en usted una tristeza mayor, algo más profundo...

—Le aseguro que no...

Y turbada se levantó yendo a reunirse

con un grupo de compatriotas. Tenía miedo de que pudiesen adivinar el motivo de su tristeza: el recuerdo de aquella horrorosa noche en que conoció el poder de la maldad humana.

La reunión acabó muy tarde. Y Eduardo prometió a Elena no abandonarla en su dulce y misteriosa pena de mujer...

Mirov había asistido también a la fiesta; era uno más entre los desterrados, pero le rodeaba el nimbo de admiración de los que arriesgan a cada instante su vida por el ideal.

Al día siguiente Mirov debía experimentar verdaderas torturas...

Al llegar como de costumbre a la oficina comercial, mientras se quitaba el gabán y el sombrero, llegaron a él palabras sueltas, murmuraciones en voz baja que los empleados, que ocupaban la contigua sala, se transmitían con curiosidad.

Cundía la sospecha. Alguien había descubierto que Mirov frecuentaba el restorán "El Pájaro Extranjero" y tenía tratos muy estrechos con los enemigos del régimen.

Mirov tembló al escuchar los rumores.

—Un comisario secreto está investigando y pronto se sabrá la verdad — dijo uno de los empleados.

—Además, han desaparecido unos documentos de la oficina — contestó otro.

—Se nos vigila a todos... Se sospecha de todos. Pero particularmente de uno — agregó un dependiente con maligna sonrisa.

—¡Desgraciado del que caiga!

—A mí, nada puede ocurrírmel — agregó un tercero. — ¡No tengo nada que reprocharme!

Ya no le cupo duda alguna a Mirov de que se sospechaba de él; se había apoderado efectivamente de unos documentos y los tenía aún en su poder, guardados en su casa de huéspedes.

Era preciso actuar con rapidez antes de que le cazaran en la trampa.

Como nadie le había visto aún, volvió a ponérse el gabán y el sombrero y partió rápidamente hacia su casa.

Entró en su habitación, quitó un armario que estaba junto a la pared y en ésta apareció una puerta que daba a una salita reservada donde Mirov tenía guardados varios muebles

que había comprado con sus ahorros.

Ocultó en el forro de un sillón los documentos robados y apenas hubo efectuado esta operación, sintió pasos detrás de él. Volvióse rápidamente, atemorizado.

Un hombre alto, grueso, de barba negra, le miraba con una sonrisa de demonio.

Mirov buscó la puerta, intentó huir...

—No te muevas — dijo el recién venido que era Sajenko, nombrado a la sazón comisario secreto de su país. ¡Sajenko, el hombre que había destrozado la vida dulce de la princesa!

—¿Quién es usted? — contestó Mirov.
— ¡Déjeme pasar! ¿Con qué derecho entra?

Sajenko le mostró su chapa de comisario

Rió brutalmente admirando los muebles que se amontonaban en la habitación.

—Todo esto lo has comprado con tu sueldo, ¿verdad?

—Sí, sí...

—Y además cobras comisiones por los contratos, perjudicando a nuestro gobierno, ¿eh?

Mirov intentó negar.

—Yo soy fiel, yo no me he de censurar nada.

—¿Por qué mientes? ¡Prepárate para ve-

nir conmigo! Volverás a nuestro país y te presentarás a la Alta Comisaría.

—¡Jamás! — contestó Mirov con energía.

—Ni aun por tu madre? — respondió Sajenko con perversa intención.

—¿Qué quiere decir? ¿Qué tiene que ver mi madre con esto?

—Para prevenirme la hice detener en la frontera, cuando iba a reunirse contigo... De modo que si no te presentas ante la Comisaría, tu madre morirá.

La desesperación agitó al muchacho, quien se postró ante Sajenko pidiendo clemencia.

—¡Mi madre, no! ¡Mi madre, no! — suspiraba.

El bruto lo apartó lejos de sí, mientras rudamente le decía:

—¡Harás lo que yo mande! ¡Perro! ¡Estás de acuerdo con todos los desterrados! ¡Traidor!

Y abandonó la habitación sin querer escuchar las palabras de piedad que el desgraciado pronunciaba.

**

Aquella tarde fueron de excursión en automóvil, Elena y Eduardo... Merendaron en el campo, sobre el mullido césped, salpicado por las flores de la primavera.

Elena parecía más alegre; el amor, el divino amor se iba enseñoreando de su alma.

Sentía por su compañero que de tan tierno modo le hablaba, todas las delicias inquietas de los corazones que quieren por primera vez.

Regresaron tarde al restorán. Eduardo se quedó a cenar allí. Se le consideraba casi como un compatriota, un amigo fiel que convivía en iguales sentimientos.

Sajenko fué aquella noche a "El Pájaro Extranjero". Quería tener una impresión ocular de lo que allí se hacía.

Hombre valiente que no le temía a la muerte, se metía en la misma madriguera del lobo.

Sentóse a una de las mesas haciendo servir un café con leche. Luego pasó revis-

ta a las pocas personas que se hallaban a aquella hora en el salón, mirando a todos con desdén.

El encargado del mostrador le reconoció.



—¡Mi madre, no! ¡Mi madre, no!

Le pareció ver visiones pero, desgraciadamente, la realidad era cruel. Allí mismo estaba Sajenko, el feroz enemigo de la santa causa,

uno de los hombres más sanguinarios del régimen gobernante.

Corrió a comunicar sus sospechas a los de la cocina y todos observaron desde la ventana de comunicación al feroz adversario.

¡Pero aquel hombre se había vuelto loco! ¿A qué venía allí?

Llegó Sliva, el general, a quien manifestaron el descubrimiento.



...el amor, el divino amor se iba enseñoreando de su alma.

Pálido de furor, el militar pasó cautelosamente detrás de Sajenko que aparecía distraído, y medio oculto con un periódico, le contempló largamente.

Luego volvió indignado a la cocina.

—¡Ese hombre asesinó a mis hijas! —Le conozco bien! —rugió.

—¡Es preciso hacer algo! —Qué querrá ese malvado?

—¡Oh, esperemos! —Tal vez haya sonado la hora de la venganza! —Mis pobres hijas!

En la salita de reunión se estaba celebrando una muy animada a la que asistían entre otros, la princesa y Eduardo.

Algunos instaron a la princesa a que danzara. Sabían que lo hacía divinamente, que allá en su país había cautivado a veces en algunos salones con bailes rítmicos y selectos.

Elena no quería. —Le pesaba tanto el alma!

Pero como Eduardo insistiera de bello modo, accedió al fin.

Y bailó, rítmica, ondulante, graciosa, con ligereza de ave... El piano acompañaba con su armonía a la danza y se esparría por todo ei restorán el encanto delicado de aquella música.

Sajenko al escuchar la música sonrió. ¡Demonio! ¿Allí había algo divertido y no le decían nada?



...le contempló largamente.

Despojóse del abrigo y, sin pedir permiso a nadie, empujó las hojas de la contigua puerta y se adentró en la salita.

Una mujer, la princesa Sinaide, bailaba, mientras todos los desterrados seguían con sus palmadas el ritmo de sus movimientos.

Sajenko vió de espaldas a la bailarina y le encantó aquel cuerpo felino, de ondulación de serpiente.

Cuando acabó el baile volvióse Elena saludando a todos, que la premiaban con sus aplausos.

Sajenko aplaudía también grotescamente, más por la belleza cálida de la bailarina que por su arte.

Elena contempló de pronto a aquel hombre y una oleada de fuego subió a su rostro... Parecía que su corazón iba a estallar.

Reconoció con horror al malvado, vió en él al infame revolucionario besándola en una noche de incendio y muerte.

Su emoción y su dolor fueron tan enormes que no tuvo fuerzas suficientes para resistir y cayó desvanecida en brazos de Eduardo.

Sajenko no la reconoció. Ya ni se acordaba de aquella aventura de la revolución; una aventura más, una mujer más entre las caídas bajo su poder libidinoso.

La miró extrañado de que se hubiese desvanecido y sintió que le gustaba aquel cuerpo ligero, frágil como una pluma, que tenía en los ojos una bella luz de amor.

Algunos acudieron en socorro de la princesa, mientras otros contemplaban hostilmente a Sajenko. ¿Qué quería ese hombre?

Sajenko, sonriente se alejó de la estancia y volvió al salón restorán. Estaba contento.

Se hizo servir ajenjo, y protestó contra Bulygan, el aristocrático camarero porque le llenaba una copa y se llevaba la botella.

—Mis costumbres no son esas, joven — dijo riendo.

Se apoderó de la botella y llenó la gran copa de café con leche, del fuerte licor.

Bebióse de un trago aquel ardoroso líquido... y repitió aún...

Mientras tanto, la princesa había vuelto ya en sí y procuraba apaciguarse.

Eduardo, que ignoraba toda la verdad, se preguntaba la causa de aquel desmayo.

Elena se apartó de su amigo y fué a la cocina a reunirse con el general Sliva y otros desterrados.

La noticia de que aquel hombre era Sajenko se había esparcido ya por todos los expatriados.

El barón se acercó a Elena y le besó la mano mientras Reevé, otro desterrado, se interesaba por ella.

Elena, contemplando con ojos nublados al general, le dijo en voz baja:

—¡Mi querido general! ¡Decididamente el pasado nunca muere!



...se acercó a Elena y le besó la mano.

El general, hombre viejo y de experiencia, era el único que conocía la dolorosa historia de la princesa.

—Es preciso vengarse — rugió — ¡Tú y yo necesitamos venganza! ¡Y todos nosotros, porque Sajenko ha sido nuestro peor enemigo y el más cruel!

—¡Sí, sí!

—Pronto, id a buscar a Raschoff — dijo el general.

Desaparecieron unos hombres en busca del que era capitán del grupo de acción.

Sajenko había apurado casi toda la botella. Levantóse y tambaleándose se dirigió a la salita de reuniones.

Allí estaba ahora únicamente Harland que, sentado en un sillón, parecía meditar.

Sajenko le dijo con dureza:

—¿Dónde estaba la pequeña que bailaba aquí antes?

—No lo sé, ni le importa a usted nada — contestó Eduardo, en forma ruda.

—Hábleme con más respeto, porque sino...

Y haciendo un gesto de amenaza se alejó

otra vez, volviendo a sentarse a la mesa del restorán.

Eduardo optó por marcharse. Fué a la cocina y se despidió de Elena que disimuló perfectamente su turbación no queriendo que el joven sospechara nunca la verdad de la tragedia.

Poco después Eduardo partía en automóvil hasta el día siguiente.

Luego llegó Raschoff y en la cocina celebró consejo con los demás compatriotas.

—¡Miserable Sajenko! — dijo el jefe mientras sus manos empuñaban un revólver — ¡No debe salir de aquí con vida!

Elena tembló, no queriendo presenciar el fin de aquel malvado, y fué a esconderse en su habitación...

La orquesta, a una orden de Raschoff, rompió a tocar... La sala del restorán estaba de sierta. Únicamente Sajenko se hallaba allí y aparecía abotargado con la pesadez del vino.

Le matarían sin que nadie descubriera el crimen; luego echarían su cadáver a la calle...

Cuando Raschoff iba a salir para matar a Sajenko, presentóse Mirov que enterado de lo

que aquél iba a hacer, suplicó ardientemente no llevase el plan a cabo.

La princesa había vuelto y escuchaba ahora conmovida el relato de Mirov.

— Si le matan ustedes, está perdida mi madre! — gimió.

— ¿Por qué? — dijo Raschhoff con gravedad.

— Mi madre está detenida por orden de Sajenko. ¡La matarán si a Sajenko le ocurre algo! ¡Por piedad!

— Y sin embargo — protestó Raschhoff — la maldad de este hombre clama venganza. ¡No podemos dejar impunes sus delitos!

— ¡Por mi madre, no le maten! — repetía el infeliz Mirov.

— Tiene que desaparecer!

La princesa intercedió por Mirov. Ella era la primera en desechar la muerte de aquel malvado, pero... ¿qué culpa tenía la pobre madre de Mirov, aquella inocente mujer cuya sangre iba a ser derramada?

— Esperad, amigos — decía — . No le hagamos ahora nada... Estudiemos otro plan para castigarle...

Y como todos aquellos hombres tenían buen corazón, no quisieron llevar adelante sus propósitos.

Castigarian a Sajenko pero de otra manera. No se escaparía a la acción de la justicia.

Una hora después, Sajenko, que había dormitado hasta entonces, se levantó, pagó el importe de sus consumiciones y atontado aún por el exceso de vino ingerido, abandonó el restaurán.

— ¡Hasta mañana! — dijo sonriente.

Ante la puerta estaba parado un *auto* de alquiler. El chofer era Raschhoff que comenzaba a llevar a la práctica el plan para perderle

Sajenko le hizo una señal y ocupó el vehículo dándole esta dirección:

— Calle de la Montaña, 24.

Raschhoff le dejó en el sitio indicado...

Y el jefe del grupo de acción volvió a marchar, contento, hacia el restaurán.

Estaba ya sobre su pista. No tardaría en caer.

x x x

Al día siguiente Eduardo Harland volvió a "El Pájaro Extranjero." Logró averiguar que aquel misterioso forastero de anoche era un tal Sajenko, enemigo formidable de la causa de los desterrados.

Pero el joven relacionaba su visita con el desmayo de Elena al reconocerle. ¿Por qué había temblado de aquella manera la muchacha?

Elena no quiso decirle la verdad, alegando un simple mareo, un ligero desvanecimiento.

Eduardo preguntó a Raschoff. ¿Por qué mantenían aquella reserva con él? ¿Es que ya no les inspiraba confianza?

—Sí, es usted un buen amigo — le dijo Raschoff —. Pero se trata de un asunto que tenemos que arreglar a solas, dos o tres personas nada más.

—¿Es acaso algo de Elena?

—De todos nosotros!

—No quiero preguntarles más. Pero no ol-

viden que mi apoyo está a su lado en cualquier forma que lo precisen.

—Muchas gracias. Pero el mismo Sajenko es quien ha de aniquilarse. Ya irá sabiendo usted cosas...

Eduardo regresó a su casa, hondamente preocupado.

—¿Qué tal van tus amores? — le dijo Lillian.

—Tengo miedo, hermana. Algún peligro amenaza a la princesa. ¡Y yo no puedo hacer nada en su ayuda!

Al siguiente día, dos nuevos huéspedes, pertenecientes a la banda de Raschoff, se apoyaban en la casa de la calle de la Montaña 24.

Consistía su misión en vigilar a Sajenko.

Habían averiguado ya cosas interesantes de su vida, entre ellas que en aquella casa no se llamaba Sajenko sino Svestron.

Raschoff no había perdido el tiempo...

Estuvo a ver a Eduardo y le pidió su ayuda, su colaboración para castigar a Sajenko a quien pintó como el malvado más refinado que existía en el mundo.

Eduardo accedió a todo. El era inmensamente rico y aunque se trataba de entregar una gran cantidad, Raschoff le aseguraba que garantizaba su préstamo.

Ya convenidos, Morrin, el secretario de los Harland, fué aquella misma mañana a visitar a Sajenko.

Este acababa de levantarse. No podía quitarse de la cabeza el recuerdo de la hermosa bailarina vista en "El Pájaro Extranjero"...

Recibió cortésmente a Morrin quien le dijo con exquisita amabilidad:

—Nuestra casa tiene siempre el mayor interés en mantener las relaciones más cordiales con sus clientes... Por eso, como ustedes nos han hecho un gran pedido, nos hemos permitido abrir, a la libre disposición de usted, una cuenta corriente en la Banca D. y R. por valor de cien mil marcos...

Sonrió Sajenko enigmático ante la vista del talonario de cheques que Morrin ponía ante su mesa.

El era un hombre ambicioso y aquel dinero le estremeció. Mas al propio tiempo, sintió te-

mor... El gobierno castigaba terriblemente a los que cobraban comisiones.

—No puedo aceptar éso — dijo.

—¿Por qué? ¡No hemos querido ofenderle, señor! ¡Destinelo usted a obras de beneficencia, para los pobres niños huérfanos!

Sajenko suspiró con alivio. ¡Le habían dado la solución!

—Sí es así...

—Lo que le rogamos únicamente es que no mezcle para nada nuestro nombre.

—No pasen cuidado! ¡Y gracias en nombre de... los huérfanos!

Cuando Morrin se alejó, Sajenko suspiró con satisfacción. ¡Cien mil marcos oro! ¡No estaba mal!

Y se echó a reir pensando en lo importante que es el hombre que tiene mucho dinero. Pero era preciso hacer buen servicio de aquel dinero para que nadie sospechase...

Aquella tarde, Raschoff y sus amigos comían en "El Pájaro Extranjero" los acontecimientos. La princesa asistía a la entrevista.

—Lo que hace falta es obligarle a que uti-

lice el cuaderno de cheques — decía Raschoff.

—Sajenko es muy ambicioso y lo hará...

Sajenko volvió aquella noche al restorán. Y ya sin pedir permiso a nadie se introdujo en el saloncito donde se bailaba...

Vió a Mirov y sonrió siniestramente.

¡Sus sospechas eran ciertas! ¡Aquel hombre estaba en completa connivencia con los enemigos del régimen!

¡Ya tendría su castigo! Pero Sajenko no iba muy aprisa para ello. Mientras la madre de Mirov siguiese presa, no le importaba la libertad del hijo. Tenía un buen rehén.

La princesa al ver a Sajenko, volvió a sentir aquel terror que le inspiraba el malvado... Ocultóse rápidamente, horrorizada ante la idea de que él la contemplase.

Sajenko abandonó el restorán al poco tiempo. Aquella vez estaba sereno con la confianza del hombre seguro de sí mismo.

A la siguiente mañana fué a visitar a Mirov a su casa. Este se atemorizó al verle, pensando que venía para llevárselo o exigirle su promesa de presentarse ante la Alta Comisaría,

Sajenko le miró fijamente y le dijo:

—¿Quién es la mujer que bailaba en "El Pájaro Extranjero"?

El intentó negar.

—Una compatriota. No conozco detalles.

—Pero sé que usted ha hablado con ella... Oigame bien. Si me ayuda usted, tal vez no le denuncie. ¡Yo quiero a esa mujer! ¡Arréglelo usted!

—Pero mi intervención...

—No me diga usted más. Necesito que esa mujer sea mía. Usted me facilitará los medios. ¡Acuérdese de su madre!

Abandonó en seguida la habitación. Mirov se estremeció sin saber qué partido tomar.

En su alma iba comprendiendo que tal vez Sajenko se estaba labrando su propia ruina.

Y corrió a comunicar a sus amigos los propósitos del miserable.

La princesa sonrió triunfadora. ¡Ah! ¿Qué se necesitaba para perder a Sajenko? Que gastase el dinero aquel ¡verdad? ¡Pues ella lo haría!

—Yo misma le obligaré a que me dé el dinero — dijo. — Y una vez el cheque en nues-

tro poder podremos acusarle ante el gobierno de que ha cobrado comisiones por las ventas.

Y entre todos los desterrados concertaron la trampa en que debía caer aquel hombre.

Al propio tiempo sentía Elena el deseo venganza contra Sajenko.

El fabricante accedió a todo. ¡Odiaba a Sajenko! Pensaba que querían vengarse de él por el mal que había hecho aquel hombre a todos los desterrados, pero ignoraba Eduardo la injuria inferida al honor de Elena. Si lo hubiera sabido, su plan habría sido más rápido. Un tiro a la cabeza de Sajenko... y en paz.

Raschoff pidió más dinero a Eduardo y el joven les entregó aquella cantidad, agregando:

—Me complazco en poder servirles. Y si precisan alguna otra cosa, no duden en pedirla...

Eduardo invitó a Elena a ir a cenar aquella noche a un restorán de lujo, y la princesa a una indicación de Raschoff accedió.

Raschoff fué después a alquilar por un mes una preciosa quinta situada en los alrededores de la capital.

Habló luego con Mirov participándole que

la princesa y Eduardo iban al cabaret 'Azul' aquella noche.

Era preciso que comenzase el plan.

Y éste se llevó a cabo.

Mirov pareció acceder a ayudar a Sajenko y le condujo al cabaret donde en una de las mesas se hallaban la princesa y Eduardo.

La princesa disimuló perfectamente su odio al ver a Sajenko y de vez en cuando le envió algunas sonrisas, correspondiendo a las que el bárbaro le prodigara durante toda la noche.

Luego, mientras la princesa bailaba con Eduardo, se volvieron a mirar como si algo les atrajera mutuamente.

Eduardo se hallaba ajeno a aquel mudo diálogo, sin descubrir lo que se tramaba.

Sajenko mostró su alegría al ver el rostro claro y jovial de la princesa. Hasta sonrió a Mirov.

—Le has hablado de mí, ¿verdad? La princesa parece otra...

—Sí, he hablado muy bien de usted — dijo el joven, disimulando su rabia—; pero...

—¿Dificultades? ¿No sabes que conmigo no existen?

—Señor, me temo que no consigáis nada con ella. ¡Es muy difícil! Tiene un amigo muy rico que corresponde con largueza a todos sus deseos.

—Si no es más que esto...

Y en aquel instante se acordó de los cien mil marcos y sonrió. También Mirov pareció adivinar aquel pensamiento.

Durante toda la cena Sajenko no quitó los ojos de aquella criatura. La adoraba y la quería hacer suya a costa de lo que fuese.

Luego ella y Eduardo se levantaron... Sajenko llamó a la florista y envió un ramo de rosas a la princesa, mientras Eduardo se hallaba en la guardarropía.

La princesa aceptó el ramo y sonrió con aire triunfal a Sajenko. Este se sintió más rejuvenecido, más fuerte...

Elena ocultó las flores a la vista de Eduardo y le dijo al despedirse:

—Mañana por la tarde no nos veremos.

—¿Por qué?

—Tengo que hacer... el plan contra Sajenko.

—Elena, sabe usted bien que yo la quiero, que no puedo vivir sin usted.

—No lo olvido, pero paciencia.

Y sonrió feliz mientras él estampaba un beso en sus manos.

Mirov le había dicho a Sajenko al salir del restaurán.

—Me he enterado donde estará la princesa mañana por la tarde. Iremos a verla.

—Si consigo que ella me ame — dijo Sajenko, entusiasmado — dejaré a tu madre en libertad y retiraré la denuncia contra ti.

—Gracias, señor.

Y Sajenko volvió a su casa agitado por la imagen cada vez más insinuante de aquella mujer.



A la siguiente tarde, la quinta que con el dinero de Eduardo había alquilado Raschoff, se hallaba llena de gente.

Aquella quinta era la residencia oficial de la

princesa... y sería el escenario donde Sajenko se movería como un pelele.

El general Sliva se dirigía a la quinta, lentamente. Por el camino encontró a Lilian, la hermana de Eduardo, a quien conocía de aquel día que los Harland dieron una fiesta en su casa.

La muchacha, de carácter angelical, invitó a subir al viejo a su automóvil y le condujo hasta la casa de la princesa.

Después Lilian, contenta por el favor, continuó su paseo hasta el atardecer.

Sajenko había llegado a la casa y se sentaba al lado de la princesa, quien extremaba sus atenciones con el hombre que había sido su verdugo. Sabía disimular bien; ocultaba su rencor bajo la máscara de un cariño fácil.

Mirov le había presentado a la princesa y el comisario no podía reprimir su satisfacción al verse al lado de aquella mujer tan deseada.

Tomaron el té. Sajenko procuró disimular su ordinarieté innata poniéndose a tono con todos los demás invitados, aristocráticos y distinguidos.

Junto a él estaba también el barón Sterny,

mondador de patatas en el restorán, que ahora, vestido de impecable frac, parecía volver a sus espléndidos tiempos.

Sajenko miró las manos finas del aristócrata y las comparó con las suyas, gruesas y tatuadas y las encogió en rápido movimiento, ocultándolas bajo las mangas de su frac.

Raschoff, en una estancia cercana, daba las últimas órdenes para que el plan se llevara perfectamente.

Ordenó a un criado que entrase una carta para la princesa. El mismo Raschoff acababa de escribirla.

Elena abrió el sobre después de solicitar permiso para hacerlo.

Pareció palidecer y rompió en pedazos el escrito.

Sajenko la miraba con curiosidad. ¿Qué le ocurría a la hermosa? El barón, complicado también en la comedia, acercóse a Sajenko y le dijo al oído:

—¡Es de su amigo!

La princesa sonrió y dijo a Sajenko:

—Esta carta me anuncia la ruptura con un

amigo mío... ¿Y sabe usted por qué hemos reñido él y yo?

—Señora...

—¡Por aquellas flores! ¿Las conoce usted?

Señaló el ramo que la noche anterior Sajenko le había regalado. El bruto respiró gozosamente, cándidamente.

¡Habían reñido por él! ¡Las cosas no podían ir mejor!

—Señora, yo siento... — dijo.

—Me da lo mismo. ¡No quiero volver a acordarme de él!

Y extremó sus atenciones y su gracia voluptuosa con su pretendiente.

Luego la princesa se levantó para ir a atender otro grupo de invitados.

El barón Sterny dijo a Sajenko:

—Mucha competencia alrededor de nuestra bella señora, ¿verdad?

—Demasiada — exclamó él, riendo.

Se le acercó más y más, hasta decirle al oído:

—¿Me permite usted una pequeña indicación?

—¿Qué?

El barón hizo un gesto indefinible y continuó:
—¡Con dinero... siempre el dinero!

Sajenko comprendió. Una inmensa alegría dilató su pecho. Si no era más que eso. Y vió ya suyo el hechizo de aquel cuerpo gentil...



—¿Me permite usted una pequeña indicación?

Llegó el momento de despedirse. Sajenko le dijo a la princesa:

—¿Podría visitarla otra vez, sin tanto público?

—¿Por qué no? — respondió ella dándole a besar su mano.

Y Sajenko abandonó aquella casa pensando que era cuestión de poco que aquella mujer cayera en sus brazos.

**

Impaciente, Eduardo Harland había ido la misma tarde al restorán "El Pájaro Extranjero".

Su sorpresa fué extraordinaria cuando le dijeron que la princesa había salido de viaje.

Volvió a su casa, desesperado. Veía algo misterioso en la actitud de Elena. ¿Por qué le ocultaba a él, parte de los planes contra Sajenko? ¡Si él era su más fiel colaborador, si les había ayudado económicamente, si estaba dispuesto a llegar adónde fuese posible!

—¿Por qué aquella reserva?

Cuando llegó a su casa, su hermana Lilian le informó de que había acompañado en automóvil al general Sliva a una quinta de los alrededores de la ciudad.



—Podría visitarla otra vez, sin tanto público?

Una gran sospecha se clavó en el pecho de Eduardo. El general había dicho a Lilian que allí se celebraba una fiesta y el joven ya no

tuvo duda alguna de que Elena se encontraba en ella.

Subió a un coche y se hizo conducir allí.

Se escuchaban aún los últimos ecos de la música. Raschhoff salió al encuentro de su colaborador.

—Quiero ver a la princesa — dijo Eduardo.
— No puedo pasar sin ella.

Temía Raschhoff que la intervención de Eduardo pudiera malograrse aquel plan. No ignoraba que el joven estaba enamorado de Elena y seguramente no vería con buenos ojos que la muchacha quisiera seducir a Sajenko para perderle. Así es que se negó a acceder a su deseo.

—Siento no poder acceder... Elena está ahora muy ocupada...

—Tengo derecho a enterarme de lo que aquí sucede. ¡Yo amo a Elena!

—Llegará su hora, Eduardo... Ahora déjela usted... Tenga paciencia.

Y a pesar de las energicas protestas del fabricante, Raschhoff no le franqueó los salones.

A la misma noche, Sajenko volvió a casa de

la princesa. Esta le invitó a cenar, disimulando perfectamente el odio que contra él sentía.

Ocultos en la casa, se hallaban Raschhoff, Mirov y otros amigos, prontos a acudir en socorro de la joven, si era necesario.

Después de la cena, Sajenko quiso abrazar a la princesa, pero ella esquivó y felina se alejó... yendo a preparar el café que había entrado un criado.

Volvieron a quedar solos en la estancia. Sajenko exclamó, apasionado:

—¿Hasta cuándo me hará usted padecer?
—No sabe que la quiero? Por usted sería capaz de todo, de darle cuanto quisiera...

—No lo haría...

—¡Que no! ¡Si usted es mi vida, si ya no puedo vivir sin verla!

Y arrojóse sobre ella apretándola contra sí, llenándose del perfume enloquecedor que la envolvía.

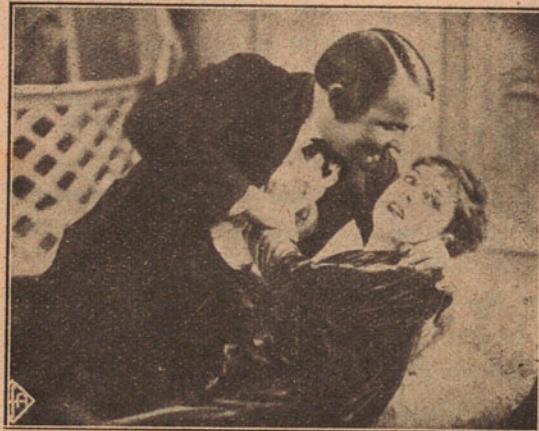
Ella pareció abandonarse unos instantes, pero logró desasirse otra vez recobrando su tranquilidad.

—Tú me mientes — le dijo tuteándole por

primera vez. — No me quieres tanto como me ha querido Eduardo, mi ex amigo.

— ¡Más que él!

— ¿No sabes que él por un beso me pagó cincuenta mil marcos? — le dijo mientras vol-



— ¡Si es usted mi vida... si ya no puedo vivir sin verla!

vía a acercarse con embriagueces de tentación.

Sajenko, ciego de amor, quitóse del bolsillo el libro de cheques.

— ¿Me prometes ser mía si doblo la cantidad? — exclamó. — ¿Me lo prometes?

— Sí, seré tuya... porque hay en ti algo que me interesa. ¡Eres fuerte... bravo... me gustas!

Corrió Sajenko a sentarse ante una mesa y allí extendió el cheque de cien mil marcos.

Mejor empleo no podía darlo, pensaba... ¡Y tendría a aquella hermosa mujer!

— Toma... toma...

Ella dió un grito de júbilo, apoderándose del papel...

Fué retrocediendo hacia unos cortinajes, seguida de Sajenko que tenía en los ojos la inmovilidad de la pasión.

La muchacha movió las cortinas y abriéndolas ligeramente ocultó entre ellas su mano que sostenía el talón.

Otra mano se apoderó de aquel documento. Era la de Mirov...

Sintió Elena que los brazos de Sajenko la rodeaban y que una boca criminal, la misma boca de aquella otra vez, pretendía besar su carne.

Lanzó un grito de horror y se apartó de aquel hombre.

—¡Sajenko! — gritó —. ¿No me conoces? ¿No sabes quién soy, canalla?

El la miró sorprendido.



...extendió el cheque de cien mil marcos.

—¿Qué dices? ¿Te has vuelto loca? ¡Acércate más, Elena!...

—¡Aparta, me causas horror! ¡Haz memoria! ¿No te acuerdas de tu víctima, de

aquella mujer que un día en nuestra patria le incendiaste el palacio y en su habitación aniquilaste su honra? ¿No te acuerdas? ¡Mírame bien como entonces!

Sajenko se estremeció... La miró tembloroso y la reconoció ahora con el mismo gesto de odio que aquella otra vez.

—¡Maldita! — rugió —. ¡Me has vendido! ¡Devuélveme ese cheque!

—¡Imposible... está en buenas manos!

—¡Dámelo!

—¡No...! ¡No has firmado un cheque... has firmado tu sentencia de muerte! ¡Ya sabes cómo tu gobierno condena a los que cobran comisiones!

—¡No me cogerás, no! — gritó enfurecido.

Y lanzándose contra la princesa logró apoderarse de ella y luego, abriendo una puerta y apartando rudamente a Raschoff y los demás hombres que pretendían impedirle el paso, salió de la quinta y subió a un automóvil que partió a gran velocidad con la preciosa presa.

—¡Se nos escapa! ¡A seguirle! — gritó Raschoff.

Al llegar a la calle encontraron a Eduardo Harland quien, sin poder contener por más tiempo su impaciencia, iba a buscar a la princesa.

Le comunicaron que acababan de raptarla y Eduardo salió en automóvil con Raschhoff y Mirov en su persecución.

En el otro coche Sajenko teniendo junto a él a Elena decía con maligna sonrisa:

—Muy bien preparada la combinación, pero os ha salido mal. Declararás delante de la Alta Comisaría y dirás lo que quiera yo...

Ella lloraba desesperada por la derrota.

Para ganar tiempo Mirov dejó el coche y subió a un aeroplano a fin de dirigirse con el precioso cheque comprometedor a la frontera.

Raschhoff y Eduardo cambiaron de automóvil por haber sufrido una avería y subieron a otro vehículo que generosamente les brindó su ocupante.

Una hora después atravesaban todos la frontera...

Sajenko quiso huir con Elena, pero

Eduardo y sus compañeros le persiguieron logrando detenerle...

Se hallaban ya en territorio nacional.

Mirov se presentó acompañado de un emisario del gobierno a quien el primero acababa de entregar el cheque.

El enviado dijo a Sajenko que temblaba de rabia al verse vencido:

—;En nombre de la Alta Comisaría queda usted detenido! ; Responderá de ese cheque que ha firmado!

Sajenko se horrorizó; dió un paso atrás, su mano instantáneamente desapareció en uno de sus bolsillos del pantalón y reapareció armada de un pequeño revólver.

Sonó un tiro; Sajenko, el malvado, acababa de darse muerte... ; El mismo se había hecho justicia!...

Y cerca de allí, pasados los momentos de la tragedia, Eduardo y la princesa se comunicaron mutuamente sus anhelos de felicidad.

Ya la misión de la princesa estaba cumplida. Nada les separaría en lo sucesivo. Elena sonreía triunfante; nunca Eduardo

conocería los verdaderos motivos que inspiraron la venganza.

—Ahora sí que seré tuya, Eduardo, para siempre...

—Sí, para siempre — respondió él besándola en los labios... — Todos estáis vendados...

Ella correspondió al beso. Se abría ante su camino una nueva vida. El pasado moría...

Y Mirov experimentó también la alegría de ver libre a su madre...

Y todos volvieron a marchar al extranjero esperando como desterrados románticos la liberación definitiva de su patria.

F I N

GRAN ÉXITO

en las selectas

EDICIONES ESPECIALES

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRÁFICA

de la bellísima novela

El Príncipe estudiante

(Juventud de Príncipe)

principales intérpretes:

Ramón Novarro y Norma Shearer

MAGNIFICA PRESENTACIÓN

Argumento narrado por

Francisco - Mario BISTAGNE

NO DEJE DE ADQUIRIRLA

EXCLUSIVA
DE VENTA

Sociedad General
Española de Librería

Barbará, 16
BARCELONA

Ferraz, 21 y Caños, 1
MADRID

EB.